



REVISTA DE INSTRUCCIÓN Y MORAL  
DIRIGIDA POR

DON JOSE NOVI Y PEREDA

REDACTOR EN JEFE

P. A. CARRASCO Y ALVAREZ

Año VI

Madrid 15 de Febrero de 1883

Núm. 104

## SUMARIO

I. La educación: Cartas á una niña.—II. Virtud y Vicio.—III. Origen de la lengua castellana.—IV. El Congreso de ratones.—V. Á mi queridísimo papá.—VI. Nuestro grabado.—VII. Cuentos de Hadas.—VIII. Fábula.—IX. Los dos titanes del siglo.—X. Poesía de Enrique Heine.—XI. ¡Pobre Blanca!—XII. El paraguas y el sombrero.

## LA EDUCACIÓN

### CARTAS Á UNA NIÑA

#### IV

#### LA LECTURA DE NOVELAS

**M**i cariñosa amiga: En mi anterior carta te prometí quedar terminado este asunto en el próximo número de LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS, y quiero cumplir mi palabra, aunque para ello tenga que cortar los vuelos á la imaginación, que fácilmente se desliza en materia tan deli-

cada, mayormente cuando tiene que ser tratada con tan exquisito tino, por temor de que los tiernos angelitos que han de saborear el fruto de mis observaciones despierten demasiado temprano á la vida del sentimiento, cayendo así en el extremo mismo que trato de evitar....

Mas, ¿qué mucho que yo insista en que abrais los ojos á la clara luz de la razón, cuando quizá habrán llegado ya á vuestras manos, de una manera encubierta y solapada, alguna de las sentidas páginas de Rousseau, Mad. Stáel, Chateaubriand y Lamartine, cuya agradable lectura os hará concebir falsamente la vida con el exagerado idealismo que infundirá en vuestra alma, completamente apartado de toda realidad?

Y aunque sean más reales y humanas las pasiones que con tan brillante colorido retratan Víctor Hugo, Balzac, Jorge Sand y Alejandro Dumas, ¿creis por eso que se pueden leer impunemente sus obras?

Pues tened entendido que toda novela encierra siempre algo que no se dá en la

realidad, « algo — dice un notable escritor — que representa la vida con un colorido romántico é idealista notoriamente falso; algo, en suma, que puede ejercer funesto influjo y engendrar crueles engaños en los espíritus débiles, impresionables, soñadores é inexpertos. »

Si te parece exagerado este juicio, vamos, cogidos del brazo, á dar un paseo por el *romanticismo*, cuajado de hermosísimas flores, cuyo perfume lleva á los sentidos el dulce embeleso que produce la acción de un narcótico, y, como éste, mata lentamente, poetizando el tránsito de una vida llena de sinsabores y amargos desengaños, á otra más perfecta y sublime, donde toman realidad los más locos engendros de una imaginación calenturienta, y donde, por regla general, se piensa gozar de la quinta esencia de la voluptuosidad, revestida de formas poéticas que la hacen más ideal, pero no menos intensa y depravada.

Al cabo, este camino conduce también á la torpe realidad, empezando por idealizarlo todo....



Digo, pues, que pasearemos juntos por tan delicioso jardín, si me prometes no tocar ninguna de esas embriagadoras flores que fascinan los sentidos y clavan hasta el alma sus punzantes espinas.

Mas..... ¡qué miro! Nos ataja el paso el anuncio que leo en la fachada de enfrente, Dice así:

«No se permite gozar de la suprema dicha que anida en esta mansión de las hadas á las niñas de quince años, que deslumbran por su exuberante hermosura y en cuyos grandes y rasgados ojos, negros como la noche, se vé el relampaguear que precede á la tormenta, siendo además su corazón de fuego receptáculo estrecho donde se agita hirviente la lava de un volcán.»

La alusión, hija mía, no ha podido ser más directa.

Aquí peligran la candorosa inocencia de las jóvenes y su angelical belleza; aquí se respira el hálito de la muerte y se nos presenta envuelta en vaporoso tul la sublime imagen del suicidio, tranquila, dulce, sonriente primero; después, pálida, demacrada, horripilante!.... ¡aquí, en una palabra, se engendra la locura del amor!

Pero no te aflijas, amiga mía; volveremos nuestros pasos hácia el extremo opuesto, en que me parece divisar un ruinoso vetusto edificio — tan antiguo como el mundo — bajo cuyas lóbregas techumbres se guarece el Arte moderno con todo el esplendor de sus gigantescas creaciones.

¡Fatal estrella la nuestra!

También ostenta en su miserable portada una alegoría que representa varonil rostro, de espaciosa frente, circuida por vivos rayos de luz que despiden fosfóricos destellos, y á los lados las inscripciones que copio al pie de la letra.

La primera dice: *¡Naturalismo!* y la segunda *Exposición de carnes muertas*, ó lo que es lo mismo (traduciendo á lenguaje vulgar la alegoría) «Emilio Zola bañándose en las inmundas aguas de los pantanos sociales;» el genio desconociendo su misión sublime y edificante.

Claramente comprenderás que no podemos tampoco penetrar en este templo del Arte; concluiría por asfixiarnos la corruptora atmósfera que en él se produce. Aquí se pierde el pudor y la vergüenza; el alma de la mujer desaparece, y su angélico sér queda sepultado en el fango cenagoso de los placeres sensuales (*corruptio optimi pessima*.) Abandono, miseria, inmoralidad, depravación, y, por último, la muerte, cobijando con sus negras alas este cuadro espantoso de desenfrenada lujuria y delirante prostitución..... Hé aquí los bellos ideales en que se inspira el númen fecundo y glorioso de Emilio Zola.

En resumen, y para concluir (porque de seguir haciendo descripciones de esta especie, tendría que emplear palabras malsonantes que ofenderían seguramente tu delicado oído), diré que la novela ejerce, á mi modo de ver, perniciosísima influencia

en el corazón de las jóvenes sensibles y apasionadas; que por lo mismo que reconozco el poder avasallador que pone en juego para ganarse la opinión y subyugar de una manera lenta, pero segura, la voluntad de los que, menos cautos ó más débiles, dan rienda suelta á la imaginación, excitada por secreto misterioso impulso, que se ajiganta más á medida que más aumenta y crece el interés de la novela, temo los extravíos á que pueda conducir la lectura de ésta, mayormente si la enseñanza que de ella se desprende es inmoral; que, aún siendo reflejo fiel de la más pura moralidad, es lamentable verdaderamente la exaltación de sentimientos á que dá lugar la pintura de escenas más ó menos románticas é ideales que exige el desarrollo de la acción; que la novela *amorosa*, sobre todo, requiere casi siempre, para hacerse interesante, el sacrificio de la honra ó el punible olvido de los más sagrados deberes, y.... ¡ay de la mujer que, acariciando en su cerebro un mundo de irrealizables ilusiones, no lleva al matrimonio el sentido práctico de la realidad, y siente agitarse en su pecho la sublime locura de un ideal que no vé nunca satisfecho!....

En fin, Amparo; yo espero que, siendo tú amable y cariñosa conmigo, y dando en adelante el valor que hasta hoy has venido dando á mis pobres juicios, no te entregarás jamás á la lectura de novela alguna, sin que antes haya mediado el consejo, y, si es preciso, la terminante aprobación de tu buen amigo

A. Garmas y M. M. M.

## VIRTUD Y VICIO

### I

ESTAS dos sendas, tan opuestas entre sí, suelen ser aceptadas como conductoras de un sólo objetivo: la felicidad; y en tanto que los que siguen la primera, marchan á paso tardo y escabroso, los que siguen la segunda llegan con prodigiosa celeridad al término de sus aspiraciones.

Á la felicidad, fantasma que inútilmente se presenta á la vista del hombre, semejante á los meteoros acuosos; se percibe cerca, y al tocarla, desaparece á nuestra visión, y es que la felicidad la constituye una ilusión óptica (1) más ó menos condensada por la distancia que nos separa de su posesión.

El hombre virtuoso, educado en la contrariedad, es paciente, dulce, benévolo; su semblante tiene la poderosa atracción de la superioridad, y, al contemplarlo, fijamos en él nuestra mirada con un sentimiento mezclado de amor y veneración.

(1) Admitiendo que el alma sea sensible á la visión.

Á su presencia, nos parecen pequeñas nuestras pasiones, y aún nosotros mismos, que nos dejamos dominar de su quimérica fuerza, á la que damos el nombre de invencible, cuando el hombre es poderoso en el imperio de su voluntad.

La vida del hombre virtuoso suele ser la negación de sí mismo; acaso el infortunio ha sido su compañero inseparable; ha deseado, como todos, hallar la felicidad, y, como todos, ha dudado de su existencia real; pero su deseo no manda, obedece, y en el martirio de ayer encuentra la fortaleza de mañana, y al fin, en la superioridad que ejerce sobre sí mismo, encuentra la perfección que aumenta cada día.

Por eso es débil para luchar y fuerte para sufrir; evita los pesares de la humanidad, se duele de sus defectos, los que llama debilidades.

Siempre hay un tesoro de indulgencia en su corazón, un raudal de ternura en su alma, una mirada compasiva para el sér que sufre y una sonrisa para sus propias adversidades.

El veneno de la envidia no ha emponzoñado su corazón; por eso hace resaltar las bellezas de la humanidad mientras con cariñoso tacto oculta sus defectos.

Su pródiga mano siempre se extiende para sembrar el bien, y en la práctica de esta virtud, encuentra una felicidad más extensa que la que acaso dibujó su fantasía en la edad primera de sus ilusiones.

Esta perfección moral, esta educación de sí mismo, es la verdadera felicidad de la tierra, porque es la que más nos acerca al Sumo Bien donde reside la felicidad perfecta; por eso, al tratarla en otro artículo, hemos dicho: «La felicidad es el destello de la Virtud.» Y, con efecto, ¿hay hombre más feliz que el virtuoso?

La sencilla manifestación de su presencia no dá lugar á la duda; jamás sorprendemos en su semblante esas transiciones que experimenta el hombre de mundo cuando se cree oculto á la mirada de los demás.

Su mirada es severa como la límpida superficie donde se retrata la belleza de su alma; su sonrisa alegre como el trino de la golondrina, como las tintas de la aurora; su voz, dulce como las notas de una melodía; su sueño es tranquilo porque descansa en el regazo de sus buenas obras con la quietud que el tierno infante sueña en los brazos de su madre, y si no hay aduladores que rodeen su lecho de muerte, tampoco taladra su corazón la aviesa mirada de la avaricia, porque si tuvo bienes, supo distribuirlos discretamente.

Ha llenado todos los deberes que las distintas fases de su vida le han impuesto, y como no deja tras sí la huella del dolor, sólo vé la recompensa del cielo.

Siente abandonar los lazos que le unen á la tierra, pero es el último sacrificio de su voluntad, la última prueba de su abnegación.

\*\*\*



## II

El hombre vicioso, que llega hasta ser criminal, no lo es por la invencible fuerza del destino, porque entonces no sería responsable de su maldad; como el hombre virtuoso, tiene el dominio de sí mismo, pero más enérgico, más impetuoso, porque jamás retrocede ante la contrariedad, llega al olvido de sus deberes, las más veces con un aspecto sereno, y hasta suele adquirir la fama de hombre honrado si cubre sus acciones con la máscara de la hipocresía.

No descendamos hasta el criminal de oficio, digámoslo así, cuya educación primaria fué el *timo*, y ascendió gradualmente hasta el patíbulo; estos son vicios de la sociedad, y acusa la mayor ó menor cultura de un pueblo. Dejemos á estos desgraciados, que las más veces no son culpables de sus delitos.

Hay otros criminales más responsables de sus hechos, porque tienen la conciencia de su deber y comprenden la extensión de sus maldades; pero este criminal sube pocas veces las gradas del patíbulo, y, sin embargo, su vida es un largo proceso en cuyas páginas se lee la desesperación, la ruina, la afrenta y aún la muerte de víctimas sacrificadas á su ambición.

El hombre que ha seguido la carrera del crimen para llegar al término de su felicidad, que la constituye un deseo, ya sea la ambición, el amor ó cualquiera de las pasiones que alimentan el corazón humano, no empieza clavando el puñal del asesino, ni firmando la sentencia de un inocente, ni robando la honra ó la riqueza de una familia: así como el virtuoso empieza por una pequeña contradicción, asimismo él se deja llevar del primer impulso, del primer grito de rebelión que alza su orgullo ante la contrariedad, y una vez vencedor, jamás quiere ser vencido.

En su intolerancia, arrastra, domina sus sentimientos y sofoca la voz del deber, internándose paso á paso en la senda del crimen, y una vez en tan resbaladiza pendiente, corre hasta sepultarse en el abismo de la maldad.

Quiere aturdirse con la aparente felicidad que le proporciona el triunfo de su causa; pero alguna vez suele perseguirle el remordimiento, y cuando, á solas con su conciencia, procura disculpar sus hechos, escucha el eco acusador de sus víctimas, vé sus lágrimas, su miseria, su desesperación, y si su vida no es un prolongado martirio, porque — avezado al mal — adormece su conciencia, nunca es feliz, por cuanto en la encontrada lucha de sentimientos ha consumido el germen de la sensibilidad. Y en el día de su muerte, en esos momentos que preceden á la separación del alma y la materia, en los que, acaso por estar más próximos al Sér Supremo, percibimos un rayo de luz clarísimo, cual nunca alumbró los días de nuestra existencia, el hombre criminal vé en el abismo de su corazón toda la cul-

pabilidad de un pasado, toda la maldad del presente, todo lo que puede fructificar en lo porvenir.

Se encierra en el excepticismo de sus ideas, y no se atreve á volver los ojos ni aún á los seres que constituyen su familia, porque en ellos cree leer la acusación de su delito.

Duda hasta de Dios, porque así como su corazón no se movió jamás á la piedad, se cree indigno de la misericordia infinita.

El hombre criminal no lega á la posteridad un nombre que bendecir: la losa del olvido sella su recuerdo sobre la tierra.

El virtuoso no pasa desapercibido para el mundo; sus hechos no quedan impresos en los anales de la Historia, pero levanta un monumento adorable en el corazón de la humanidad, que recuerda su nombre con respeto.

Clementina Sarra

(Paris Charmant)

## ORÍGEN DE LA LENGUA CASTELLANA

MUCHAS y muy variadas han sido las opiniones que los más célebres lingüistas han emitido al tratar de investigar el origen de la lengua castellana, debido esto, sin duda alguna, á que se desconoce, sinó por completo, al menos en gran parte, la clave que ha de resolver tan importante como debatida cuestión; me refiero al *sanscrito*.

El 27 de Junio de 1859 el Sr. D. Pedro Felipe Monlau trató de probar—en la sesión pública que al efecto celebró la Real Academia de la Lengua—que el origen de nuestro idioma era debido al latín; opinión que fué refutada por el Sr. D. Severo Catalina en otra sesión, celebrada en 25 de Marzo de 1861, y en la cual sustentó que del hebreo nació nuestro idioma, alegando como prueba que, si bien es verdad que el Diccionario castellano tiene más de latín que de semítico, como había dicho el Sr. Monlau, también lo es que nuestra Gramática tiene más de semítica que de latina.

Al asentar las opiniones de tan doctos Catedráticos muéveme únicamente el deseo de probar de una manera palpable las dificultades y múltiples controversias á que se presta tan árdua cuestión.

Daré como segura la existencia, en un principio, de varios idiomas, segun las pruebas que al efecto han presentado Estrabón y los anticuarios Franco, Lastanosa, Albiano de Rojas, etc., idiomas suficientes á satisfacer las necesidades de la sociedad en que vivían, y entre los cuales debió descollar el que por su riqueza mereciera tan alta distinción.

Suponen los Sres. D. Juan de Valdés y

don Gregorio Mayans Siscar que el griego mereció tal preferencia, con lo cual no estamos conformes, sabiendo que las colonias milesias, zacyntias y focenses sólo imperaron en el litoral de Levante, con parte del Mediodía de las costas occidentales y de Galicia; no teniendo, por consiguiente, los medios suficientes para hacer prevalecer por todas partes su idioma, única manera de haber podido implantarse la lengua griega en nuestro suelo.

En el resto del territorio español debieron hablarse otras diversas lenguas; lenguas que se fueron modificando á medida que se introdujeron en nuestro país los celtas, que uniéndose á los iberos, formaron el pueblo *celtíbero*, estableciendo un idioma distinto de los que ántes se hablaban.

La venida de los visigodos ocasionó la aparición del latín bárbaro, según fué calificado por San Isidoro, y más tarde los árabes producen tal revolución en nuestro idioma, que puede decirse que en su época apareció el castellano en embrión.

Las luchas entre cristianos y musulmanes corrompen de tal modo el latín, que los legos llegaron á no entender los escritos de entonces.

En esta época podemos decir que hay dos latines: uno rústico, hablado por la muchedumbre, y otro urbano, hablado por la gente docta.

De este primer latín informe, modificado por los lenguajes ibero, fenicio, cartaginés, griego, germano y hebreo, resultaron algunos dialectos, que fueron conocidos en un principio bajo la denominación de romances, para demostrar que eran hijos del idioma que hablaban los romanos.

Estas lenguas vulgares, ó romances, lucharon hasta conseguir imponerse, tanto á la muchedumbre como á las personas doctas; después trataron de absorberse recíprocamente, hasta que al fin el romance castellano logró descollar sobre los demás, mereciendo por su gallardía, fluidez y galanura, el rango de idioma nacional, recibiendo más tarde el nombre de lengua castellana ó española.

De cuanto dejamos expuesto se desprende que nuestro idioma se deriva del latín, siendo erróneas, á nuestro entender, tanto las opiniones de los que buscan su origen en el vascuence, como la de los que la buscan en las llamadas lenguas teutónicas.

Como se vé, sólo hemos intentado hacer una brevísima reseña del origen de la lengua castellana, á fin de que se conozca de una manera, siquiera sea superficial, la cuestión que, no por haber sido tan debatida, dejará de preocupar á los que se dedican al descubrimiento é investigación de problemas que, como el que nos ocupa, es de tan difícil solución.

Francisco Valdés y Foster



EL CONGRESO DE RATONES <sup>(1)</sup>

Érase Micifuz, gato de historia,  
célebre en el país de los ratones,  
donde en mil ocasiones  
dejó de su poder triste memoria.  
Él mataba sin tiento ni medida,  
y cuando algún raton le suplicaba  
perdón para su vida,  
el feroz Micifuz se lo almorzaba,  
Para poner remedio á tantos males,  
que se iban repitiendo con exceso,  
pensaron los ratones principales  
en convocar las Córtes: un Congreso.  
En vista de la urgencia,  
los ratones más gordos y gentiles  
llegaron del Congreso á la presencia,  
y llegaron á miles.  
Uno de ellos, nombrado presidente,  
y echándolas de majo,  
escribió en un cartel perfectamente:  
«Que muera Micifuz, abajo, abajo.»  
«¡Que muera.....!» repetían  
las ratas y ratones reunidos,  
y todos aplaudían  
de idéntico entusiasmo poseídos.  
Después de un breve rato  
dijo un ratón: — Señores, tengo un medio  
que nos salva la vida sin remedio.  
— ¿Cuál es?

— Ponerle un cascabel al gato.  
Micifuz, engañado,  
nos habrá de avisar con el sonido.  
— Bravo, dijeron todos, admitido;  
y el acta del debate celebrado  
escribió el secretario de corrido.  
Pero vamos, señores, poco á poco;  
¿Quién se lo va á poner?

— Yo, nó; soy viejo.  
— Yo no puedo.  
— Ni yo.  
— Pues yo tampoco,  
porque tengo en estima mi pellejo.  
.....Y todos se escusaron,  
y el Congreso uno á uno abandonaron.

.....  
*Esto también entre los hombres pasa;  
presentan los proyectos á millones,  
de importancia no escasa,  
y hacen lo que el Congreso de ratones;  
puesto que al poco rato....  
nadie le pone el cascabel al gato.*

*Ricardo Espinosa*

## Á MI QUERIDÍSIMO PAPÁ

¿Cómo podré expresarte la alegría  
Y la felicidad que siento ahora,  
Felicidad que há tiempo el alma ansía,  
Al ver que lució ya la clara aurora  
De aquél brillante y suspirado día,  
Y que ha sonado la anhelada hora  
Y con ella, mi padre muy amado,  
De abrazarte el momento tan ansiado?

Un siglo parecióme cada instante;  
Pensé que su carrera el sol paraba;  
Que el corazón, inquieto y anhelante,  
La hora feliz de tu regreso ansiaba.

(1) La idea principal de esta fábula es de La Fontaine.

(NOTA DEL AUTOR.)

Siempre impaciente con mi afán constante,  
Del tiempo, el curso apresurar deseaba,  
Porque mi vivo anhelo, te lo fio,  
Era verte á mi lado, padre mío.

Mas ya dió fin la pena y la amargura  
Que me causó tu ausencia, padre amado,  
Y en cambio de las horas de tristura  
Que al contemplarte lejos he pasado,  
Gozando estoy la sin igual ventura  
De mirarte dichoso á nuestro lado;  
Y feliz y tranquila el alma mía,  
Ha vuelto á disfrutar dulce alegría.

Tú, que sabes lo mucho que sé amarte,  
Comprenderás de sobra mi contento,  
Pues que yo ya no sé cómo expresarte  
La alegría tan grande que ahora siento;  
Porque para mi dicha demostrarte  
Expresiones no encuentra el pensamiento,  
Pues tal es mi cariño, te amo tanto,  
Que tu regreso es mi mayor encanto.

*María del Carmen Solís*

## NUESTRO GRABADO

EN el número anterior de la Revista  
habrán leído nuestros jóvenes lec-  
tores la biografía de Rubens, hecha  
con singular maestría por la simpática Ade-  
lina Mark, á quien agrada ocultar su nom-  
bre, como no le gusta exhibir su angelical  
belleza.

Élla trató de estudiar y caracterizar á  
Rubens como hombre; á nosotros nos toca  
examinarlo como pintor, caracterizarlo como  
artista.

Uno de los rasgos que debemos apuntar  
desde luego es su prodigiosa fecundidad,  
pues no hubo asunto que no tratara ni gé-  
nero que no cultivase; fué más fecundo que  
artista y más brillante que profundo.

Enamorado de la forma, como *Giorgione*,  
descuidaba el fondo. No se reconcentró tam-  
poco dentro de sí mismo para pintar la vida  
del espíritu, á quien agobió siempre bajo el  
peso de la materia, presentando á ésta como  
reina absoluta y soberana, exuberante,  
llena de vida y plenamente desarrollada.  
Sin embargo, su pincel no supo reproducirla  
tan bella como acaso él la concibiera en su  
*Teoría de la figura humana*.

Partía de lo ideal para llegar á lo real;  
así es que realizaba lo más ideal é impalpa-  
ble, revestía de formas sensibles lo sublime,  
vulgarizaba lo poético. La naturaleza y el  
hombre — pero no el hombre en abstracto,  
sinó los tipos humanos de Flandes — eran  
su único objetivo, el móvil que hacía latir  
su corazón de artista.

Y como no traspasaba esta esfera de  
acción, se hacía monótono, pesado.

Tanta luz acumulaba sobre sus cuadros y  
abusó tanto de los colores para hacer resal-  
tar la belleza de la forma, que se hacía en  
ocasiones insoportable la intensidad del co-  
lorido y la derrochadora magnificencia que  
ostentaban sus lienzos.

Naturalista á lo Velazquez, fué menos  
correcto que nuestro pintor, y no le igualó  
en gusto.

Descuidado, amante del lujo y de la sun-  
tuosa esplendidez, trasladó al lienzo las  
impresiones de la vida real, su misma ma-  
nera de sér y de vivir en sociedad.

Por esta circunstancia le consideran al-  
gunos como excelente pintor, puesto que  
retrataba á veces admirablemente la reali-  
dad de la vida.

Y para convencerse de esto no hay más  
que pasar la vista por el cuadro que acom-  
paña á nuestro número de hoy.

En efecto, cuenta la tradición que Rodol-  
fo, conde de Ausburgo, encontró, cazando  
con su escudero, á un Sacerdote que llevaba  
el Viático á una de las chozas vecinas.

Entonces se apéan conde y escudero,  
ofreciendo las caballerías al Sacerdote y  
sacristán, que montan en ellas, mientras  
las llevan del diestro Rodolfo y su acompa-  
ñante.

Podrá objetarse que no se respeta en este  
pasaje la verdad histórica, pero no se puede  
negar que está representada con gran ver-  
dad y energía, á la par que sobria y senci-  
llamente, la vida real.

Por último, Rubens goza en nuestros  
días de gran reputación por la virilidad que  
campea en todas sus composiciones, por su  
fecunda inventiva, porque fué un eminente  
paisajista y reunió otras cualidades que le  
hacen digno del aplauso de la posteridad.

*Esbozo*

## CUENTOS DE HADAS

## LA FUENTE DE PERLAS

(CONTINUACION)

— No puedo decírselo á la Princesa?  
— preguntó el Reyezuelo.

— Ciertamente que nó — dijo el  
Hada; si lo haces, jamás te perdonaré; ¡y  
cuidado! que yo soy Hada, y sabré encon-  
trarte en cualquier parte.

El Reyezuelo prometió no decir una pa-  
labra, y se fué enseguida á su jaula. Temía  
que la Princesa le preguntase dónde había  
estado, como solía hacerlo; pero élla sabía  
que su padre había contraído compromiso  
formal de casarla con el Rey de las *Islas de  
Diamante*, y estaba tan loca con esto y con  
los diamantes que iba á tener, que ni aun  
vió al Reyezuelo entrar por la ventana.

El pájaro hizo el menor ruido posible, y  
picoteó tranquilamente su cena, aunque  
nunca había estado tan hambriento en su  
vida. El agua puede convertirse en perlas,  
pero no es cosa que satisfaga el apetito de  
nadie.

Al día siguiente fué á la fuente de las





ACTO RELIGIOSO DE RODOLFO (Conde de Ausburgo)

Cuadro de Rubens — (Real Museo de Pintura y Escultura)



Perlas, y el Hada se las arrojaba, cogiéndolas él en su pico y echándolas en el estanque. Cuando se cansaron, bebió su gota de agua; pero aunque él pidió permiso para bañarse en la fuente, el Hada no quiso oírlo, y se incomodó con él por lo mucho que insistía en ello. La Princesa no estaba en su cámara cuando el Reyezuelo entró en la jaula aquél día, y á su regreso encontró al pájaro con su cabecita debajo del ala, profundamente dormido.

Las cosas siguieron así por largo tiempo. Todos los días el pájaro volaba á la fuente y jugaba con el Hada, tirando perlas, y todas las tardes volvía á la cámara de la Princesa, la cual se ocupaba en confeccionar sus trajes de boda y no le ocurría preguntarle nunca dónde había estado.

El Hada se había apasionado tanto del Reyezuelo, que pensó dejarle encargado de la fuente mientras iba otra vez á ver á su hermana.

El Reyezuelo no se contentaba con quedar sólo; pero el Hada le prometió no estar largo tiempo fuera.

—Yo volveré ántes de ponerse el sol, le dijo, y puedes jugar cuanto quieras con mis perlas y hasta beber tres gotas de agua, sin tener más obligación que velar por la fuente; y, si alguno se aproximase, llamarme tres veces. Yo te oiré, y vendré en seguida.

El pájaro, agradeciendo la distinción de que era objeto, se quedó gustoso de guardián de la fuente, mientras el Hada hacía otra visita á su hermana. Se puso á jugar con las perlas hasta que se cansó, bebió sus tres gotas de agua y se colocó en el borde del estanque, pensando cuán fresco y saludable sería tomar un baño: el día era caluroso y el Hada estaba fuera.

—Ella no lo conocerá—pensó el bueno del Reyezuelo.—Abrió, pues, sus alas, se lanzó al agua y tomó el baño más delicioso que había tomado en su vida. Apenas empezó á secarse al sol, cuando resonó un tremendo estrépito que salía de todo el bosque. Era el Rey de los genios, que pasaba por allí; pero el pájaro ignoraba todo aquello, y se quedó aterrado y como fuera de juicio. En efecto, perdido completamente el seso, en vez de llamar al Hada, como había prometido en caso de peligro, voló al Palacio tan rápidamente como sus alas pudieron llevarle, y no se consideró seguro hasta hallarse tendido y palpitante en el fondo de su jaula. Desgraciadamente, esto sucedió cuando la Princesa estaba en su cuarto probándose su traje de novia.

—¿Qué es eso, Jenny!—exclamó—¿qué te sucede?

—Me estaba bañando en el bosque, contestó el pájaro, cuando oí un gran estrépito que me asustó, y escapé á casa. Mirad, aún no estoy seco. Y como al decir esto sacudiese las alas, cayó de ellas una preciosa perla en el fondo de la jaula.

—¡Esto es una perla! dijo la Princesa admirada. Vamos, Jenny, ¿dónde habeis to-

mado el baño, y dónde has cogido esta preciosa perla?

—¡Una perla! repitió el Reyezuelo, que no sabía qué decir.

—Sí, una perla—dijo la Princesa, mientras la contemplaba—la más grande la más blanca, la más preciosa de cuantas he visto. ¿Dónde la has cogido?

El Reyezuelo trató de no contestar; pero la Princesa insistió más y más, hasta que el pobre pájaro no pudo negarse, y lo declaró todo.

Cuando la Princesa oyó que cada gota de agua de la fuente se convertía en una perla, sintió deseos de ir allá, empenándose en que el pájaro la llevase al momento, pero el Reyezuelo se negó á ello.

Entonces, la Reina trató de inducirlo para que robase algunas perlas y se las trajese, á lo que el pajarillo no contestó siquiera.

—Pero, al menos, guardaré esta perla—replicó la Princesa.

Y el pájaro, que no podía quitársela, le dijo que sí, que podía guardarla.

Cuando el Reyezuelo voló á la fuente el día inmediato, el Hada lo recibió con una severa mirada.

—¿Por qué has abandonado ayer mi fuente ántes de que yo volviese? le preguntó.

—Porque oí un gran ruido y me asusté, contestó el pájaro.

—¿Por qué no me llamaste? le volvió á preguntar.

—Porque con el miedo se me olvidó, replicó el Reyezuelo.

—Se ha perdido una perla, dijo el Hada, ¿qué has hecho de ella?

El Reyezuelo temió referir la verdad.

—Yo estaba jugando con las perlas—dijo—cuando una rodó por el césped, y no pude encontrarla.

El Hada hubiese conocido la certeza del hecho con sólo consultar sus libros, pero los tenía debajo de una piedra, en el fondo del estanque, y había tantas perlas encima, que no quiso revolverlas.

—Bien, contestó al pájaro; te has portado muy mal, y estoy muy incomodada contigo; pero si yo te perdono por ésta vez, ¿lo volverás á hacer más?

—¡Oh, no en verdad! contestó el pájaro.

E. B. y S.

(SE CONTINUARÁ)

## FÁBULA

### LOS POLVOS DE LA MADRE CELESTINA

—Señor Maestro (preguntó Raimundo), los polvos de la Madre Celestina, que todo lo alcanzaban en el mundo, ¿se sabe, ó se imagina, de qué pudieran ser?—Cuatro ingredientes

(díjole el Preceptor) omnipotentes, entraban en la mágica mistura: oro, saber, esfuerzo y hermosura. Hoy lo que tantas maravillas obra es el oro no más; el resto, sobra.

*Por gracia, no de Dios, reina el dinero, soberano señor del mundo entero.*

J. Eugenio Harzenbusch

## LOS DOS TITANES DEL SIGLO

### I

Subid á la montaña, sencillos vascongados, Subid á la montaña, y un cántico entonad, Glorificando á un hijo del siglo diez y nueve, Que errante vá sembrando los frutos de la paz.

¡Es él! Es el atleta de fuerzas prodigiosas, Que lleva entre sus brazos desde una á otra nación, Millares de hombres libres, que haciéndole su esclavo, El majestuoso nombre le dieron de Vapor.

Miradle cómo corre, miradle cómo avanza, Atrás en su carrera dejando al huracán, Y cruza por el valle, y entiérrase en el monte. Y sale por el puente que sobre el río está.

¿Oísteis el suspiro vehemente y prolongado, Que al verse en la llanura contento repitió?... Es la dulce plegaria que, pasado el peligro, Agradecido envía al Trono del Señor.

¿Oís esas cadencias enérgicas y graves Que arrancan á las vías mil ruedas al girar? Pues esos son los cantos sublimes de la ciencia Que ascienden á los cielos diciendo: ¡Hay más allá!

Y, ¿veís esos penachos que suben á la altura Cual de las flores suben los perfumes á Dios? Pues ese es el aroma de todos los aromas, Es el mejor incienso, ¡el humo del vapor!

### II

Bajad á la llanura, sencillos vascongados, Bajad á la llanura, y un cántico entonad, Honrando á este otro hijo del siglo diez y nueve, Que manda por sus nervios la idea sin cesar.

¡Es él! Es el gigante que uniendo las naciones Con lazos de cariño, de gratitud y amor, Nos trae todos los días, cual rápidas centellas, Los grandes pensamientos, que el pan del alma (son.

Miradle cuán se vero, cuán bello se levanta, Como infinita imagen de condición sin par, Por el frondoso valle, por la empinada sierra, Y por el ancho puente que sobre el río está.

Por esos leves hilos circulará á estas horas Tal vez un desengaño, tal vez una ilusión, Tal vez una esperanza que anime á una familia, Tal vez la infausta nueva que es madre del dolor.

Por esos hilos vienen las santas chispas de oro Que anuncian á los pueblos la ansiada libertad, Los triunfos de los bravos que por la patria luchan, La voz de los tribunos que dichosa la harán.



Por esos hilos vienen las notas armoniosas  
Que algún genio á su lira enérgica arrancó,  
Para elevar virtudes, para atajar los vicios,  
Para romper cadenas de bárbara opresión.

¡ Cantemos, vascongados, al siglo diez y nueve!  
¡ Cantemos á sus hijos *Telégrafo y Vapor!*  
Que sólo así los pueblos ensancharán fronteras,  
Que sólo así los hombres serán dignos de Dios.

*S. Arcechacola*

## POESÍA DE ENRIQUE HEINE <sup>(1)</sup>

### TRADUCCIÓN

Los Reyes del Oriente caminaban  
por ásperos senderos,  
preguntando anhelosos dó estaría  
el sitio verdadero  
que á Belén prontamente les llevara,  
colmando sus deseos.

Mas nadie les contesta con certeza;  
los niños y los viejos  
respuesta dar no pueden, cual quisieran  
los magos y sus siervos.

Pero, pronto los Reyes, atraídos  
por mágico lucero,  
sus vívidos y hermosos resplandores  
de guía les sirvieron.

Al fin, paróse la brillante estrella  
sobre mísero techo,  
donde la regia comitiva entrara  
con todo su cortejo,  
para entonar maravilloso cántico  
que se elevaba al cielo,  
en derredor de un Niño que gritaba,  
recibiendo el aliento  
de humilde irracional, que en su lenguaje  
mostraba sus deseos.

*Joaquín Olmedilla y Suigo*

## ¡POBRE BLANCA!

Á LOS INFANTILES LECTORES DE ESTA REVISTA

(CONCLUSION)

**B**IÉN, mi querida Vicenta, pues oye.  
Antes de empezar la conversa-  
ción la marquesita y la aldeana,  
dirigiremos una mirada á la casita.

(1) Esta poesía está traducida del francés. De consiguien-  
te, ha pasado por dos idiomas desde que brotó de la gala-  
nísima inspiración de su autor. No es, pues, de extrañar que  
se halle algún tanto desnaturalizada. Merece también llamar  
la atención la circunstancia de estar dedicada al Nacimiento  
de Nuestro Señor Jesucristo, dadas las ideas de Enrique  
Heine.

Se componía ésta de tres habitaciones:  
la cocina, que servía de sala, de comedor  
y de todo lo que venía á mano, pues era lo  
mejorcito de la casa, y dos alcobas, una  
para el matrimonio y otra para las niñas.  
En ninguna de las habitaciones había mue-  
bles, únicamente aquellos más indispensa-  
bles, como un catre de tijera, sin pintar, un  
jergón á medio llenar y una manta; alguna  
que otra semana solían verse sobre el catre  
dos sábanas blancas, aunque viejas.

En la cocina ya era otra cosa; había una  
gran cantarera, que es la gala de las jijo-  
nencas.

Sostenía ésta cinco cántaros de grueso  
volúmen y de dos asas, blancos como el  
alabastro.

Algunos días se veían varias flores en-  
tre un cántaro y otro, que las ponía Tere-  
sa, la hija mayor de Vicenta. Lo demás,  
ya se ha visto que ni siquiera tenía una  
miserable silla.

Vamos, pues, á escucharlas.

—Vengo á pedirte un gran favor, dijo  
Blanca.

—¡¡ Un gran favor á mí!! exclamó Vicen-  
ta, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Sí, y espero no me lo negarás.

—¿Usted se burla, señorita? Mi vida es  
de usted.

—No quiero tanto, Vicenta; pero si quie-  
ro una de tus hijas.

—¡ Una de mis hijas!.... ¿para qué, seño-  
rita? para....

—Calla; sé lo que has pensado; tengo  
bastante servidumbre. Quiero á tu hija por  
hermana.

—¡ Es verdad lo que Vd. dice!

—Tan verdad como yo estoy sentada y  
tú de pié.

Cuando venga tu marido le dices mis in-  
tenciones, me mandas recado, y, segun lo  
que diga José, así se hará.

—Bueno, señorita; sí querrá. Yo, por  
mi parte, créame Vd., me alegro en el  
alma de que no sólo sea mi hija su criada,  
sinó...

—¿ Pero no lo entiendes, mujer? Va á ser  
mi hermana.

—¡ Si no lo puedo creer, Dios mío!

La pobre mujer lloraba, pareciéndole un  
sueño lo que Blanca decía.

—¿ Y cuál de las tres?...

—La más pequeña. Teresita, por ser la  
mayor, te la quedas para que te ayude; Ca-  
rolina, la mediana, no me acaba de gustar;  
no es que sea fea, pero su figura no resal-  
taría con los trajes que yó la pusiera. La  
pequeña es más fina, más elegante. Floren-  
tina no tiene ciertos hábitos ni está tostada  
por el sol; es rubia, blanca, con los ojos de  
un azul celeste y una cintura bonitísima.  
Florentina, pues, es la mía.

—¡ Oh! muchas gracias, señorita, ¡ cómo  
se conoce que quiere Vd. más á mi chiqui-  
tina; con qué calor habla de ella!

—No, es justicia. Florentina es un án-  
gel. ¿ Tendrá unos ocho años, verdad?

—Y medio, señorita.

—Yo me encargaré de su educación, la  
incluiré á mis costumbres, la vestiré lo  
mismo que yo, tocará, cantará, pintará;  
en fin, será otra yó.

Vicenta parecía una boba. Con la boca  
abierta, los ojos abiertos también desmesu-  
radamente, parecía la estatua del espanto.  
Todo lo que oía le parecía mentira.

¡ Su hija iba á ser como una marquesa; su  
miserable Florentina, que estaba casi des-  
nuda, que no sabía leer, ni siquiera hablar!

## VII

Dios, que es infinitamente bueno, había  
enviado un ángel en forma de mujer, á  
casa de José y Vicenta. Á ésta la dejamos  
en el capítulo anterior en uno de esos ratos  
de estupor tan comunes en gentes sencil-  
las.

—¿ Y qué motivo tiene Vd. para portarse  
así con mi chica? se atrevió á preguntar  
Vicenta, despues de una larga pausa.

—Dejar á mis papás otra hija. Porque se  
moririan de pena los pobrecillos quedando  
solos. Así, Florentina los consolará.

—¿ Vd. se marcha fuera?

—¡ Inocente! pensó Blanca. Nó, repuso  
en voz alta.

—Entónces....

—Es que tengo ya poco tiempo de que  
disponer en mi vida; pronto me moriré.

—¡ Ave-María! qué....

Vicenta no se atrevió á decir más.

—No te asustes, Vicenta; ¿ qué tiene de  
particular que yo me muera? Ya me lo han  
dicho en Lóndres.

—¿ Se lo han dicho á usted?

—Mujer, tanto como decirme que me  
voy á morir, no; pero sí que estoy en el  
primer grado de tisis. Es decir, el año pa-  
sado lo estaba, y en éste, la enfermedad,  
siguiendo su curso, ha aumentado.

—Eso es aprensión.

—¡ Ah.... nó! Cuando venga el otoño,  
al caer las hojas de los árboles, verás incli-  
narse mi cabeza.

—Vaya, vaya, no piense Vd. cosas tris-  
tres. ¡ Jesús, qué señorita ésta más apren-  
siva!

—No lo creas, Vicenta. Siento yo misma  
que cada día que pasa....

Aquí se paró Blanca. Oyeron ambas mu-  
jeres pasos en la calle, y no tardó mucho  
tiempo en abrirse la puerta, que quedó en-  
tornada cuando entró la marquesita.

—¡ Mi chica! dijo Vicenta.

—Ven aquí, tierna flor; y Blanca, di-  
ciendo esto, cogió á la niña de la cintura y,  
poniéndosela sobre sus rodillas, estampó  
un beso en su frente.

Florentina, pues ésta era la que entró,  
iba vestida de una manera sencilla y hu-  
milde. ¿ No sabes, mi amigo lector, cuál es  
el traje de las jijonencas? Pues te lo voy á  
explicar en dos palabras.

Consiste en una saya listada, corta, has-



ta dejar lucirse todo el pié; éste calzado con una alpargatita blanca; delantal de terciopelo negro; jubón de satén negro, con mangas muy ajustadas y cerradas por una hiler de botones de plata; pañuelo encarnado con rosas blancas al cuello; otro, medio caído, á la cabeza; pendientes largos, de plata; una cruz al cuello del mismo metal, y, por último, el peinado lindísimo y sencillo, que consiste en una trenza hecha de todo el pelo, sobre el cual lucen una peina de plata.

Este es el traje de la jijonenca; sólo que Florentina, como era tan hermosa, todo lo llevaba con más lucimiento que otra llena de alhajas. Su cinturita de junco iba tan bien aprisionada dentro del jubón, que todas las niñas de su edad la tenían envidia.

Su trenza de pelo era tan hermosa y tan rubia, que parecía un grueso cordón de oro.

Lo tenía naturalmente rizado; así es que de cuando en cuando se escapaban algunos rizos de entre el pañuelo, yendo á colocarse jugueteando de un modo caprichoso sobre su blanca frente.

—Con mucho gusto, señorita, decía Florentina, despues de habérselo contado todo su madre; pues miéntras hemos estado admirando su traje y su hermosura, la niña quedó enterada del asunto. Con mucho gusto la bendiciré á Vd. y á sus padres una y mil veces por el inmenso beneficio que nos han hecho, y pediré á Dios salud para todos nosotros, y felicidad eterna.

Blanca levantó la vista al cielo; fácilmente podía leerse esto en su mirada: ¡Allí, allí es donde está mi eterna felicidad!

Blanquita se despidió de la madre y la hija, montó en el coche, y en media hora la volvieron á la Enramada.

### VIII

Ha pasado un año. Flor, como llamaban en la Enramada á Florentina, está desconocida.

En seis meses aprendió á leer, escribir, contar y varias nociones de Historia, Geografía, etc.

Es una niña elegantísima. Parece que siempre ha llevado ricos trajes, tal es la gracia y la coquetería de que hace alarde Flor, la niña mimada de los marqueses.

Todos la querían porque era muy buena y muy cariñosa.

Blanca cada vez estaba más triste.

—Oye, mi pequeña Flor, le dijo un día á su hermana (pues este nombre la daban en todo Jijona y la Enramada), prométeme ser buena siempre como lo eres hasta hoy; en ello me darás un gran placer; quiere mucho á nuestros queridos papás, sin olvidarte, por supuesto, de tus padres y hermanas. Sé siempre como hasta aquí; mímalos como tú sabes hacerlo; dáles todos los gustos que quieran; ten paciencia, pues

como los pobres son ya viejos, tienen algunos achaques. Dios te protegerá. Ellos te quieren mucho, por lo mismo que ven que yo te adoro. Siendo tú buena, hallarás la recompensa en el cielo. Dios no abandona á las personas agradecidas, y tú, niña mía....

—Pero, ¿por qué me dice todo eso, mi querida hermana, interrumpió Flor, si sabes que toda te pertenezco, que mi vida, alma, corazón, todo, todo es tuyo? Pídemelo cuanto quieras; estoy dispuesta á morir por tí, si es preciso, y por tus papás, mis bienhechores. Pídemelo, no tengas reparo. ¿Es cosa que yo no puedo hacer?

—¡Pero si no te pido nada!

—Como me dices que sea buena, que cuide á los papás, y qué se yo cuántas cosas....

—Bueno, ¿y qué tiene que ver eso?

—Pues tú con algun fin me hablas así. Nunca te he visto tan seria ni tan triste al dfrirme la palabra, y eso me prueba que ya no me quieres. Y la preciosa Flor se echó á llorar.

—¡Pero qué niña! dijo Blanca, tomándola en brazos y besándola en la mejilla. Estás muy mal educada, picarilla; enseguida te echas á llorar como los niños de la escuela.

—Como has dicho que ya no me quieres...

—No tal, Flor. No he dicho yo semejante cosa, sinó al contrario; todo lo que te digo es por que te quiero en demasía.... Sólo que tú.... eres muy niña, y no me comprendes.

El amor propio de Flor, se picó, pues levantándose como un rayo, dijo:

—¿Qué no te comprendo? ¡Ay, Blanca, Blanca, hermana mía! ¡que no te comprendo! ¡Demasiado!.... Sólo que me hago la desentendida por no alimentar tus locas manías. ¿Crees que no entiendo tu lenguaje, tan amargo para mí? ¿Crees que al decirme que siga queriendo á tus padres como hasta hoy, no he adivinado tu idea? ¿Crees que al hablarme de su protección, no me has dejado entrever un rayo de luz? Todo lo sé, hermana mía, todo; oigo tus plegarias, por la noche, á la Virgen María, cuando me crees dormida, y sé lo que sufres, y también lo que gozas al ir á reunirme....

Calló Flor.

Dos nítidas perlas resbalaron por sus mejillas, y fué á abrazar á Blanca, que inmóvil, pálida y con entrambas manos en la cara, lloraba; sollozaba, mejor dicho.

Un minuto más, y aquel sería un grupo divino.

Ambas niñas, de rodillas, con las manos entrelazadas y los ojos húmedos, pedían á Dios: Flor, salud para Blanca; Blanca..... morir pronto....

.....

### IX

¿Qué sucede en Jijona?

¿Por qué corre la gente de un lado para otro, sin saber qué hacer ni dónde ir?

¿Por qué tanto llanto por todas partes? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué lloran las mujeres, los niños y los ancianos? ¿Qué ocurre, qué pasa?

¿Qué velo misterioso envuelve la hermosa finca de la Enramada?

¡Ha muerto Blanca!

¡Ha muerto el *ángel de la Enramada*, la protectora de los pobres, el consuelo de los tristes, el bálsamo de las penas, la heredera de los marqueses de la Enramada, la prometida de Alejandro....

¡Ha muerto! ¡Pobre Blanca! ¡Cuánto has sufrido!

¿Y los padres?..... Respetemos su profunda pena.

¿Y Flor? Sigámosla todos los días al Cementerio de Alicante, donde yacen las cenizas de Blanca.

Mira, lector, por allí viene Florentina, vestida de luto, llorosa, pálida, ojerosa. ¡Ha perdido á su más querida hermana, á su protectora, á su dulce Blanca!

¡Pobre niña, qué pena siente!

Lleva un ramito de flores; sin duda son para ponerlas en la tumba de Blanca.

Se arrodilla, reza, llora; besa la losa fría....

¡Pobre Flor! Ya no volverá á ver á Blanca

Su consuelo es ir á dar un beso en su tumba.

En el Cementerio hay dos lápidas juntas: en la una dice *Blanca*, y en la otra.... ya lo habrás adivinado, lector.

¡Pobre Blanca!

Adamina Garrigos

## EL PARAGUAS Y EL SOMBRERO

### FÁBULA

—Buenos días, buen Sombrero, haciendo sol de verano, dijo el Paraguas muy llano, al que juzgó compañero.  
—Quita, respondió; no quiero tales llanezas conmigo;  
—Bien, dijo aquél; me desdigo; mas ya vendrás en invierno, diciendo entónces muy tierno:  
—Buenos días, caro amigo.

*De estos seres poco duchos,  
¿quién tal cosa no lamenta?  
¡finos, cuando tiene cuenta!  
Como este sombrero hay muchos.*

Alfonso E. Oller

MADRID --1883  
IMPRESA DE F. NOZAL  
CALLE DE LAS HUERTAS, 59